

que la utilización del Español es inseparable de cualquier política teatral mínimamente coherente. Otro debate será el de cómo conseguir la mayor rentabilidad social de la sala —y, por lo tanto, de los millones que cuesta su mantenimiento, y en este caso, además, su restauración—, pero está fuera de dudas que el Español, por su emplazamiento y sus características, es, con independencia de las muy respetables tradiciones históricas que lo definen, un local necesario, cuyo largo período de cierre se ha hecho sentir, pese a las deficiencias de su anterior gestión, sobre la vida teatral madrileña.

Queda, pues, en pie una primera evidencia: la necesidad de que el Español fuera recuperado. Y en íntima relación con ella, la de que el esfuerzo no se limite a restaurar el local, sino a la de arbitrar cuanto permita su más comunitario aprovechamiento.

Respecto a los términos de la "restauración", nada dice la referencia del Pleno. Pero parece que, tratándose de un teatro, sería un error limitarse a poner el edificio como estaba. Que las características arquitectónicas y ornamentales, en razón al valor histórico de la sala, deben ser las mismas parece obvio. Pero los teatros han sufrido importantes evoluciones, tanto en lo que se refiere a su dotación técnica como a la conformación del dispositivo escénico. ¿Se han estudiado a fondo las posibles mejoras que, en estos y otros sentidos, toleraba el Español? La cifra consignada y el papel que debería cumplir el Español permiten hacerse esta pregunta, no sólo referida a la "sala" propiamente teatral, sino a ese cúmulo de espacios complementarios, nacidos un día para reafirmar la diferencia de clases en los entreactos y hoy aprovechables para más noble destino.

Paralelamente a la noticia de la "restauración" del Español, nos llega la del avanzado estado del proceso que debe liquidar la vigente Ley sobre Salas de Espectáculos. Sabido es que dicha Ley —con su correspondiente reglamento— nació, sobre todo, para proteger a los espectadores de la tragedia del incendio. El papel desempeñado por ella ha sido, sin embargo, bien distinto. De hecho ha establecido el "monopolio" empresarial, confiando el "medio de producción" a un número cerrado de personas, propietarias o arrendatarias de los locales existentes. Como, además, el cumpli-

miento de la normativa suponía la construcción de salas costosas, su utilización se ha sometido a los principios de la explotación capitalista. El empresario de local no sólo ha procurado obtener el mayor rendimiento —privando, lógicamente, en la programación el criterio económico sobre cualquier otro—, sino que, cuando este rendi-

miento ha estado por debajo del que correspondía al valor del local, lo ha dedicado a cine o lo ha vendido. Numerosos Bancos, almacenes o grandes hoteles se alzan hoy sobre los solares de antiguos teatros, derribados, simplemente, cuando su rentabilidad no correspondía al precio del solar.

La consecuencia de la vieja



"El último vals": "rock", cine y una despedida

Próxima a estrenarse en España la película de Martin Scorsese que recoge parte de la actuación de despedida del grupo canadiense *The Band*, también nos ha llegado muy recientemente el triple disco que contiene material de tan histórico acontecimiento musical (1). Cinta y grabación transpiran igualmente una misma atmósfera de nostalgia y alguna tristeza, por el sentido final del encuentro. Pero los momentos de buena música compensan seguramente esta y otras pequeñas constataciones: no hay que olvidar que aquel largo día desfilaron por el majestuoso y un tanto "demode" escenario una larga serie de primeras figuras del "rock" y de la escena "pop", todos ellos ligados de una u otra forma con el conjunto de Robbie Robertson, Levon Helm, Garth Hudson, Rick Danko y Richard Manuel: allí estuvo, por ejemplo, el primitivo "lead" y compañero del quinteto, el también canadiense Ronnie Hawkins; estuvieron veteranas y legendarias figuras del "papá" "blues", muy especialmente Muddy Waters, y el más joven y blanco —pero no por ello menos impetuoso— Paul Butterfield, con su armónica desgarradora; estuvieron presentes, cómo no, amigos de la talla de Joni Mitchell, Neil Young (¡qué gran interpretación suya la de "Helpless"!); Ronnie Wood, Van Morrison, los Staple Singers, Ringo Starr, Emmilou Harris, Neil Diamond (misterios del "show business") y, por supuesto, en el plato fuerte final el mismísimo Bob Dylan, tantas veces acompañado por *The Band* ("Planet Waves", "Isle of Wight", "Basenert Zapes").

Si como cine musical la cosa funciona, y mucho, gracias a la destreza de Scorsese para meternos en el recital y merced, igualmente, a su buen sentido del montaje —intercalando conversaciones con los miembros de la Banda—, como disco resulta asimismo un homenaje a toda una generación, y una suerte de reconocimiento final de la tremenda calidad de unos músicos —generalmente poco valorados— como fueron los autores de obras tan espléndidas como "Chest fever", "Stage freight" o "Moondog matinee"; el final de toda una época gloriosa. ■ ALVARO FEITO.

(1) *The Band: "The last waltz"* (álbum triple, Hispavox).

ley habría sido, pues, negativa en un doble sentido: en el de imponer un "monopolio" —que obligaba a los actores a aceptar las condiciones fijadas por la empresa de local— y en el de eliminar, a la hora de defender la actividad teatral, y salvando las excepciones de rigor, a un elemento sustancial, para quien siempre existía la posibilidad —que no tenían los profesionales de la escena— de transformar la sala en dinero e invertirlo en un negocio saneado.

Esto, al fin, va a terminar. Y es casi seguro que, a comienzos de la próxima temporada, nuevas y elásticas normas de seguridad se conciliarán con una amplia y razonable liberación de los locales.

Los cientos de millones destinados al Español me parecen indisociables de esta derogación de la actual legislación sobre salas de espectáculos. Porque, en otro caso, lo que debe ser entendido como defensa de un bien cultural —el Español— volvería a ser, una vez más, la protección del viejo santuario familiar... ■ JOSE MONLEON.

MUSICA

Una Rábida concreta

El Festival Musical de La Rábida se celebra todos los años dentro de las fiestas de Huelva; lo recordamos, desde las épocas más represivas frente a todo lo que significase cultura, como una especie de lugar abierto a vientos atlánticos, punto de cita de culturas latinas con un denominador común no dependiente tan sólo del idioma, sino —y sobre todo— del sentido. El Festival de La Rábida era un lugar en el que se hacían oír voces conflictivas —en algún momento Soledad Bravo, Mercedes Sosa...—, voces animadas por la gracia de un lenguaje antirrepresivo, por la luz de una lucha.

Este año el Festival no ha sido testimonio de lucha alguna; no ha habido representantes de ese folklore (que significa literalmente "sabiduría popular") en pugna con poderes infernal-estatales. Los representantes musicales de distintos países latinoamericanos se han limitado a ejercer de la mejor manera posible su función de entretener y divertir a la gente, sin plan-

tear ningún problema ideológico. Podría decirse incluso que el Festival de este año ha sido menos representativo de la voz de unos pueblos efectivamente oprimidos por un sistema social represor y brutal: ni Gracia Dávalos, representante de Chile, ni el grupo Ayacucho, que venía como delegación argentina, aunque sus miembros sean de distintas nacionalidades, ni en fin, ninguno de los grupos sudamericanos, han ejercido la función que esperábamos; la de despertarnos y hacernos conscientes de un estado de cosas monstruoso, de una opresión. En cierto sentido, esto ha sido una pena; hemos quedado cortados del hilo mágico y músico que nos unía, a través de La Rábida, con una realidad tremenda y esperanzada. Por otra parte, esta orientación apolítica del Festival de La Rábida responde a un movimiento general que funciona dentro de todo el Estado español: olvidamos nuestros enfados, nuestra mala leche justificada, y nos limitamos a asistir de una manera democrática —aséptica, más bien— a un espectáculo vacío de intencionalidad alguna.

Hablar de la calidad artística de los grupos aquí presentes es casi superfluo. Todos fueron buenos, todos cumplieron con su función de divertimento, dentro de unas fiestas —las colombinas de Huelva— pensadas para distraer. Pero dentro de este panorama frío y limpio, tengo que destacar lo que fue más revulsivo y más hermoso: la actuación de la Familia Montoya, representantes de España. La Familia Montoya, gitanos, poseen un lenguaje muy articulado musicalmente; no necesitan otra cosa para contarnos la historia de continua marginación que es la del pueblo gitano. No necesitan más que su canto y su baile para expresar un sentimiento de diferencia. La Familia Montoya es apolítica, pero no en el mismo sentido que la cantante chilena Gracia Dávalos, que canta canciones de Víctor Jara, pero al mismo tiempo representa al régimen que asesinó a Víctor Jara. La Familia Montoya cuenta sin palabras concretas la marginación del pueblo gitano, y expresa con música y gestos un dolor profundo, existencial. Fue el mejor grupo de todos los que se presentaron en el Festival de La Rábida.

El espectáculo, como digo, fue frío y aséptico; no existió el calor de otros años, dado por la actuación sana y virulenta de grupos que ponen en tela de

juicio una situación tan tremenda como es la de casi todos los países del continente americano. Lo coordinó José Luis Ruiz, y lo presentó Mari Cruz Soriano, más guapa y más simpática al natural que en RTVE. Ha servido —este Festival— de exponente de lo que es nuestro país en etapa predemocrática, preconstitucional: un lugar donde la realidad parece escamotearse tras un biombo, que ya no es de opresión salvaje, sino de sonrisas igualmente opresoras. ■ E. H. I.

ARTE

Rolando Campos, camino de tierra de bisontes

¡Qué calor! No se puede vivir de calor en el pueblo este... Pero consolémonos: en el frío se estará peor; hará más calor aún... Ha sonado el timbre. Que está ahí Rolando, el pintor sevillano, con Laura, su mujer, y con su hijo Sancho. Van para la montaña de Santander, para refrescarse un poco de la canícula sevillana... Saludos, abrazos... y el consabido comentario: ¡Pero qué calor! Estamos en el anochecer, y la noche no promete ser más benigna para nosotros. Ya sentados, Lau-

ra comenta como de pasada: "Mira, hace unas horas pasamos por Ecija, y nos detuvimos un momento en la plaza para tomar un refresco...". ¡Ecija! "Civitas solis vocabitur una" —la llamaremos la primera ciudad del sol— dicen que dijo César cuando, al pasar por ella al frente de sus legiones, la vio y preguntó su nombre, antes de lo de Munda. Pero en fin, esto no es, ni pretende ser, un comentario sobre "la ciudad de las torres", a la que ya le haré un reportaje en momento más propicio. Ahora estoy hablando de Rolando —de los rolandos, los viajeros—, que abandona por un mes o algo más las tierras del sol, para entregarse al césped mojado, antiguo paraíso de los bisontes tutelares. ¿No crees tú, Rolando, que Ecija exagera un poco con su temperatura? Un poco menos y se podría haber conseguido igualmente el mismo bosque de torres que se vislumbra cuando se llega a ella.

Rolando sonríe, creo que bondadosamente. "Yo conozco bien estos calores, y aun los calores de Ecija —me dice—. Sevilla..., ya la conoces". "Sí", respondo... "Calorcita hace en Sevilla", dijo en cierta ocasión Santa Teresa, castizamente, creo que en su libro de "Las fundaciones". ¿O fue en ocasión distinta?

Ahora no es el momento..., ahora hace mucho calor y no se puede pensar en nada. ¿Pero no crees tú, Rolando, que podríamos hacer una exposición de tres maestros significativos del joven realismo de Sevilla, con Cortijo, con Carmen Laffon

y contigo mismo?... Se podrían meter otros nombres, pero con esa reducción a sólo tres se concentran en tres maneras significativas tres formas del entendimiento de eso que ahora llamáis "realismo" —o "ultrarrealismo", o "hiperrrealismo", o como quiera llamársele. Porque lo de Carmelita Laffon también es un realismo —realismo, a veces proustiano, pero "realismo"—; y no digamos lo de Cortijo. Ese bárbaro..., bárbaro voluntario, porque él deja traslucir mucho más la dimensión cuaternaria que el aspecto dieciochesco de su persona..., pues ese bárbaro "cuaternario" es uno de los pioneros de esa tendencia en el mundo. ¿Tendría que justificar aún la inclusión de su nombre en una exposición de ese tipo? En cuanto a ti, Rolando, tú eres un puñetero. No te fías de lo que ves, y haces bien, porque a veces ves visiones. Esa Crucifixión que tienes ahí, por ejemplo, no es que me recuerde a Grunewald, pero con su visión descentrada me recuerda a veces a la gente de Colmar. Y ese bodegón en el que los objetos pueden doblarse por razón de una bisquera provocada, y ese paisaje...

Rolando va sonriendo placidamente mientras se toma una copa de vino. No, no estaría mal esa exposición de las tres dimensiones sevillanas del realismo. ¿Qué diría Carmelita Laffon? ¿Qué diría el bárbaro cuaternario de Cortijo? ¿Qué dirías tú mismo, Rolando, cuando pienses el problema? Porque algún problema —y aun "problemas", en plural— entrañaría la cuestión. Pero se podrían resolver.

Ya va siendo hora de que pensemos en amenizar las exposiciones, en que pensemos exposiciones con argumentos. Este podría ser un argumento, mínimo, claro, pero un argumento: tres dimensiones del realismo en Sevilla.

Sigue haciendo calor. El vino que toma Rolando no sólo no lo alivia, sino que incluso se lo provoca un poco. Pero en fin, ahora va por una temporada a tierra fresca, a orillas del Cantábrico.

Un día, Rolando, llegarás de mi parte a esa cueva que está cerca de Santillana y echarle un vistazo a los bisontes. Y si veis a Blanca Iturralde, la alcaldesa, saludadla de mi parte. Y al buen Gustavo, y a Ana María. Nosotros nos vamos dentro de unos días a ese molino que tú sabes... ¡Pero qué calor!... ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

"Bodegón con despertador", de Rolando.

